



Ill^{mo}. Sr. Dr.
D. IGNACIO MONTES DE OCA.
(Ipandro Acaico.)



IPANDRO ACAICO

ENTRE las tribus nómades de los antiguos árabes, habia la costumbre inmemorial de que cada vez que en alguna de ellas aparecia un poeta, ese descubrimiento era celebrado con festines, músicas, juegos y bailes; no sólo por aquella tribu, sino por todas las vecinas que con ella estuvieran en paz.

Y á fe que tenían razon, porque aun cuando no sea más que en el sentido figurado, un «verdadero poeta» merece más el título de profirogénito (nacido en la púrpura), que los hijos de los emperadores de Oriente, á quienes se aplicaba ese nombre.

No es esto soplar con el viento del orgullo en el cerebro de todos los que hacen versos, porque si el demonio de la soberbia quisiera levantarse en esos corazones,

no dejaría de producirles el efecto que, según los católicos, produce el agua bendita á la familia de Satanás, aquello de «verdadero poeta,» que equivale, para enfriar ánimos engreídos, á tosecilla maliciosa que interrumpe pedantesco discurso.

Pero como la calificación del mérito, por más que se diga, no es el patrimonio de los contemporáneos, y nosotros de contemporáneos hablamos, nos reducirémos á dar un voto, apreciable sólo en esas balanzas docimásticas de Gumesindo Mendoza, y unos datos que sólo podrán aprovechar los Basilio Pérez Gallardo del porvenir.

Ya hemos por incidente nombrado entre nuestros poetas á Ipanandro Acaico, y ya el público sabe que bajo este nombre es conocido el arcade romano y compatriota nuestro, obispo D. Ignacio Montes de Oca.

A quien han distinguido con sus merecidas alabanzas Mendez Pelayo, Miguel Antonio Caro, el más famoso de los traductores de Virgilio, y nuestro modesto y valioso Roa Bárcena, poco cuidado debe dársele de que Cero arremeta contra él, y estará más tranquilo que la Luna cuando el profeta de los creyentes prometió meterse en un bolsillo. Pero como sería faltar á la justicia dejar á Ipanandro Acaico sin suerte en esta distribución de «Ceros,» con todo el respeto que su saber nos merece y con todo el cariño que su amistad nos inspira, diremos para comenzar: «esta es, señor, la estrena de mis

afanes oratorios, y este el exordio de mis funciones pulpiales,» como dijo Fray Gerundio de Campazos en su sermón del Sacramento.

Ipanandro Acaico se ha distinguido en el mundo de la literatura, no sólo por sus poesías originales, sino por sus hermosas traducciones de los bucólicos griegos.

Dedicado á la carrera eclesiástica, y ocupando un alto puesto en la gerarquía de la Iglesia católica, Ipanandro Acaico ha sentido su inspiración detenida por terribles ligas, y todavía al publicar los Idilios de Bion en 1868, viene disculpándose con la homilía de San Basilio sobre la lectura de autores profanos, y con lo que dicen San Gerónimo y San Francisco de Sales, y con el ejemplo de San Crisóstomo, y aun con el del mismo San Pablo.

Miguel Antonio Caro cita también en abono de estos trabajos de Ipanandro Acaico, á Lactancio, á Juvencio, á San Próspero y San Gregorio Nacianceno, y á poetas como Lope de Vega, Calderón y Moreto, curas; á Tirso de Molina (Fray Gabriel Tellez), fraile; y hasta á D. Juan Nicasio Gallego y á D. Alberto Lista.

Y si ejemplos faltaran, nosotros, aunque sin tan profundos conocimientos, citaríamos al monje Barlaam que fué el que primero resucitó en la Italia el estudio de los clásicos griegos; al cardenal Bessarion y al singular protector de esta literatura, el Pontífice Nicolás Quinto.

Pero estos no son más que ligeros escrupulillos de Ipanandro Acaico y de sus amigos; que entre los escrito-

res eclesiásticos ahí está Luitprando, subdiácono de Toledo, diácono de Pavía y obispo de Cremona y de Luitzon, que escribió una historia del Imperio griego, en donde hay cuentecitos que no se desdeñaría un poeta francés de tomar como argumentos para alguna ópera del género de las de Offenbach; y sin embargo el obispo de Cremona no tenía más escrúpulo en esto, que desagradar al rey Berengario II, que le envió de embajador á Constantinopla.

Ipandro Acaico siente, como todos los poetas, la necesidad de cantar al amor; y ménos despreocupado que el Padre Fray Manuel Navarrete, desahoga su inspiracion con la traducción de los bucólicos griegos.

Esa necesidad de sacudir alguna vez las cadenas que oprimen el pensamiento, se manifiesta á los ojos del observador, aun en las cosas más triviales.

¡Con qué satisfaccion, con qué rostro tan placentero oyen algunas veces los arzobispos y los obispos, y los hombres más graves y sesudos, un cuentecillo color de rosa, con tal de que vaya velado con las transparentes gasas del bien decir! ¡Con qué placer se le deslizaban á Quedo aquellos romances, como «yo el menor padre de todos,» «Padre Adan, no lloreis duelos,» ó las «Cartas del caballero de la Tenaza,» despues de haber meditado y escrito la «Vida de San Pablo,» la «Virtud militante,» la «Política de Dios,» y el «Gobierno de Cristo.»

Hace cincuenta años, cuando el dominio del clero era

tan absoluto que los transeuntes no pasaban jamas cerca de un sacerdote sin quitarse el sombrero los varones, y besarle la mano las mujeres y los niños; cuando las conversaciones en todas las tertulias, sobre todo delante de señoras, giraban siempre sobre el sermón del Padre Fulano, sobre la plática del Padre Mengano, sobre los maitines de Catedral, la Kalenda de Loreto, el vespertino de San Francisco ó las Tres Horas de la Profesa; cuando á todas las novias las iban á pedir los canónigos ó los curas; cuando todos los niños jugaban con capillitas, y en todas las enfermedades ofrecian las muchachas ponerse el hábito; entónces, como una venganza, como una muestra de insurreccion de los espíritus, pasaban de boca en boca, lo mismo en las tertulias de los ricos que en el *chocolatero* de los canónigos, ó en el cuadrante de las parroquias, cuentos de religion y de sacerdotes en que se ponian en ridículo al culto y á sus ministros.

Reian de muy buena fe todas aquellas timoratas personas, cuando les referian que al alzar la hostia, un cura vió en un espejo á un muchacho que se subia en uno de los árboles del cementerio, y exclamó: «sube, picaruelo, ya verás cómo bajas;» y se contaba la historia de las tres herejías; y todo ese libro que se llama de los *Ejemplos*, y que no olvidó en su coleccion Rivadeneira, está formado de cuentecillos por el estilo, en donde andan á las vueltas San Gregorio y San Agustin, y el Papa Martino, y Santa Teodora, y San Benito, y otros santos.

Porque, digan lo que quieran los que sostienen aquello de que

« Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,»

hoy el que es católico lo es, y ni la hipocresía tiene para qué tomar parte en la religion, ni la herejía necesita engañar disfrazándose.

Un poeta que lleva el hábito de sacerdote debe de encontrarse á cada paso con terribles dificultades; no porque la religion ahuyente á las bellas letras, ni porque sea un mal ejemplo para la grey la poesía erótica de su pastor, sino porque el mal sentido del vulgo confunde al poeta con el hombre, y cree que el que escribe unos versos de amor está enamorado, y el que canta los gozes de la buena mesa es un gloton de primera fuerza; y no se comprende que por esto el poeta es distinto de los demas hombres, porque puede crear, y el Dante no podia haber sentido al mismo tiempo la agonía de las víctimas y el rencor de los verdugos.

Ipandro Acaico, como poeta, puede compararse á Miguel II, que arrancado de la prision en que le tenian sus enemigos, y revestido con el manto imperial, ántes de poder limar los grillos que sujetaban sus piés, gobernó muchas horas aherrojado, cubriendo con la púrpura los eslabones de sus cadenas.

Entre el genio de Justo Sierra y el de Ipandro Acaico,

hay la diferencia que entre «la salvaje inspiracion del Dante,» usando de las palabras del célebre historiador Gibbon, «y los clásicos y monótonos cantos del Petrarca.»

La poesía de Justo Sierra es el paisaje fantástico en que la montaña alza sus enhiestas rocas, y muestra sus flancos cubiertos de árboles gigantes, entre los cuales se despeña el torrente y cruzan las nubes arrebatadas por el huracan; la poesía de Montes de Oca es el parque del potentado británico en donde los árboles obedecen, en sus elegantes formas, á la mano del hombre; las aguas transparentes se derraman de surtidores de bronce, sobre fuentes de mármol, y las flores y los arbustos forman caprichosos y artísticos dibujos.

En Justo Sierra la inspiracion ahoga á las reglas; en Ipandro Acaico las reglas asfixian á la inspiracion.

Ipandro Acaico, fuera de sus magníficas traducciones, tiene que entretener á las musas con sus *storecillas del breviario romano*, con *sonetos históricos ó mitológicos*, con *himnos ó canciones sagradas* y con algun ensayo heróico, como *Fiesco*.

Pero cuenta entre sus sonetos muchos bellísimos, que si quisiéramos citar, ocuparían muchas columnas.

Sin embargo, Ipandro Acaico forma una nubecilla por cierto, que oscurece el lustre de su coleccion de poesías, y es cuando resbala en el terreno de la política.

Esas frases que arranca á su lira al tratarse de México, no cuadran á la dulce caridad que predicó el mártir del

Gólgota, ni al cuerdo patriotismo de San Gregorio Magno, ni siquiera al *altruismo* frío de los modernos *sociólogos*.

De todos modos, Ipanandro Acaico es una de las glorias literarias de México; su nombre es saludado con respeto en el Viejo Mundo, y algún día él comprenderá que si los hijos honran á la madre, también la madre honra á los hijos; quizá entónces vuelva á tener por su país y por su raza el cariño ardiente con que hoy México dice, como Cornelia la romana: «siento más orgullo en ser madre de los Gracos que hija de Scipion el Africano.»



LAS ODAS DE PÍNDARO

DICE Aristóteles que nunca debe uno hablar de sí mismo ni bien ni mal, porque si es bien, será vanidad insufrible, y si mal, necedad ridícula. Razon tiene el estagirita; pero á pesar de tan sabio consejo, siempre Cero va á hablar de sí mismo, aunque no sean sino unas cuantas palabras.

No escribo para los sabios: en primer lugar porque me encontraria yo en el caso de Fígaro, en la pregunta de ¿quién es el público y dónde se le encuentra?; en segundo lugar, porque no sé cómo se escribirá para los sabios, y en tercero, porque siendo tan pocos, segun dice Fray Luis de Leon, no valdria la pena de calentarse para ello la cabeza, cuando la moderna ciencia del comercio tiene establecido el principio de «para ganar mucho vender mucho; y